

FERNANDO CANALES

LA UTILIDAD NACIONAL DE LA CARRERA DE PERIODISMO

EN EL SIGLO XVI, la vida transcurre con lentitud para un impresor dedicado a su faena en un reducido taller situado a escasos metros al oriente de las ruinas del gran Teocali, sobre las que se iniciarán, 32 años después, las obras de construcción de la catedral de México.

Juan Pablos, italiano de origen, coloca con el mayor cuidado las letras de madera para formar lo que será la primera noticia impresa en la Nueva España; la ha llamado "Relación" y se publica casi setenta años antes de la aparición del primer periódico en el mundo. Está redactada en la siguiente forma:

"Relación del espantable terremoto que agora nuevamente ha acontecido en la cibdad de Guatimala: Es cosa de grande admiración y de grande exemplo para que todos nos emendemos de nuestros pecados y estemos apersciuidos para quando Dios fuere seruido de nos llamar".

Continúa la descripción del terremoto en que perdió la vida Alonso de Velasco, su mujer e hijos y al final asienta:

"Fue impresa en la gran cibdad de Mexico en casa de Iuan Cromberger año de mill y quinientos y quarenta y uno".

La parsimonia del componedor de letras de molde que siente su trabajo como una obra de arte, parece ir de acuerdo con la vida de la población, que transcurre sosegadamente. El mejor medio de transporte, reservado a los privilegiados, es el caballo. El trabajo, en el pequeño taller, se realiza en forma acompasada, al ritmo de las demás actividades. A ratos, se escucha el ruido de pisadas de los escasos transeúntes que pasan frente al taller; con menos frecuencia, el de los cascos de los caballos sobre las losas de la calle. . . . El eco se va alejando y perdiendo. En general, el trabajo se lleva lentamente.

Se acentúa la impresión de las horas y de los días que se alargan sin fin previsible.

Juan Pablos, primer impresor de América, al hacer su relación del terremoto en Guatemala, fue precursor de una actividad que, en el transcurso de cuatro siglos, se convertiría en una diaria y vertiginosa carrera para llevar a cientos de miles de seres la relación impresa de los acontecimientos ocurridos en una ciudad de más de cuatro millones de habitantes.

Aquel insignificante taller montado con dinero de Juan Cromberger, que tenía un solo operario, una prensa rudimentaria, una mesa de trabajo, unos tipos de madera, algunos frascos de tinta y un poco de papel, ha cedido lugar a grandes y poderosas empresas industriales que requieren el concurso de muchos capitalistas, la labor de cientos de operarios, un equipo mecánico cada vez de mayor celeridad a fin de hacer frente a una competencia cada día más intensa; potentes rotativas que imprimen cientos de ejemplares por minuto, linotipos que seleccionan automáticamente letras y forman y funden frases que momentos antes se escribieron y que minutos después, impresas en miles de ejemplares, se derramarán a lo largo y a lo ancho de la gran ciudad.

Se estableció entonces una profesión nueva: la del periodismo, labor que diariamente debe empezarse y terminar, y para la cual el transcurso de las horas, y aun de los minutos, es esencial. Como en una carrera de relevos, la noticia va pasando a través de grupos humanos que se coordinan y combinan para obtener, en el menor tiempo posible, su publicación. Armonioso equipo en lucha eterna contra el reloj, una vez que las cuartillas son redactadas, las pasa a los linotipos, a formación, a estereotipia, a fundición y, por último, a las rotativas. De allí, los ejemplares, transportados en avión, ferrocarril, camión, bicicleta, o simplemente en las manos del voceador, llegan a su destino: lectores de las más disímiles actividades, de diferentes niveles de cultura, de distinta posición económica, que se han creado la necesidad de estar informados sobre lo que acontece en su ciudad, en su país y en el mundo. Para ellos, la diaria lectura de un periódico es de tal modo habitual y necesaria como tomar el desayuno; las distancias se han acortado como consecuencia de la rapidez de los transportes y ya no es suficiente saber lo que sucede en nuestra comunidad sino que también interesa lo sucedido en nuestro país, en el continente y en el resto del planeta, porque en todas partes hay un reflejo de los grandes acontecimientos. Sucesos recientes ocurridos a miles de kilómetros pueden afectar gravemente nuestra economía, nuestra tranquilidad. Por ello, las noticias de los diarios se buscan con avidez y el periodismo se ha transformado en poderosa industria.

¿Qué implica este extraordinario desarrollo? Simple y sencillamente el paso del umbral hacia una etapa técnica de gran especialización, en la que no hay lugar para los improvisados. Es la transformación observada en todos los aspectos de nuestra vida nacional, y a la cual el periodismo no puede sustraerse.

El trabajo, dentro de este nuevo tipo de empresas, se ha repartido en importantes grupos: los que manejan las finanzas y llevan la administración; la dirección y redacción de las publicaciones; la elaboración material de las mismas; su circulación. En cada uno de estos grupos existen decenas de especialidades; se requiere de personas con preparación teórica, capaces de poner sus conocimientos en juego para el mejor desarrollo del trabajo y de aportar, inclusive, nuevas ideas para mantener el interés y continuar el desarrollo de esta actividad que, como todas las demás, está sujeta a una evolución permanente. En el momento en que ésta se paralice, se inicia su declinación.

Si observamos por ejemplo las actividades de la redacción de un periódico, nos encontramos con la necesidad imperiosa de presentar informaciones más condensadas; día a día es preciso ahorrar espacio; el costo de las materias primas reporta alzas permanentes que obligan a una síntesis cuyo primer fruto es el equilibrio económico de la publicación. Al mismo tiempo, esta condensación responde a una exigencia del público que busca ser informado, en la forma más rápida y en el menor tiempo, sobre lo acontecido en el mundo. El tiempo es un elemento muy valioso. El problema consiste, pues, en reducir la extensión de las informaciones, sin perder de vista el interés que deben conservar para seguir gozando de la demanda del público; las notas que se escriben están sujetas a un estilo y se requiere claridad en los conceptos, sencillez en los términos, sintetizar con armonía y sin perder el orden lógico de su desarrollo procurando conservar la atención del lector.

Esto sólo puede alcanzarse mediante la disciplina del estudio; preparación, conocimientos profundos de diversas materias, orden en el trabajo, elementos todos ellos necesarios para lograr transmitir, con la intensidad debida, los acontecimientos diarios.

Se requiere igualmente un buen conocimiento del idioma castellano; de nuestra historia, para su correcto aprovechamiento en el momento oportuno; de las normas que regulan las relaciones en la sociedad en que vivimos; de las leyes económicas que nos rigen; y de cuya correcta o errónea observancia se derivan efectos fundamentales en nuestra vida. Tampoco podemos desentendernos de una correcta preparación sobre el desarrollo político de nuestro país. Sólo con semejante disciplina, un hombre que posea la vocación

para este trabajo podrá desarrollarlo convenientemente, al tiempo que sirve los altos intereses que tiene obligación de defender por el hecho mismo de ser un profesional del periodismo.

Pero no basta con tener los conocimientos a que nos hemos referido; hay que saber presentarlos en forma sencilla, amena, comprensible, pues no podemos olvidar que los periódicos no se hacen para minorías selectas, sino, por el contrario, para las grandes masas que tienen instrucción deficiente; que no están dispuestas a adquirir periódicos y que muchas veces no hablan el lenguaje que les es habitual. En la conjugación de todos estos factores radica gran parte del éxito o del fracaso.

Nos encontramos ante una tarea para la que ya no bastan la imaginación y la audacia. Quien carezca del aprendizaje indispensable, se sentirá inseguro, pisará un terreno falso y esa posición inconsistente se vendrá abajo con facilidad ante el empuje del profesionista dotado de preparación suficiente, amplia cultura y conocimiento de las ciencias humanas.

Podríamos ilustrar este capítulo relatando una anécdota, de la época romántica del periodismo, en que la imaginación y la audacia jugaban papel preponderante: hace unos 35 años dos periódicos luchaban por el primer lugar en nuestra ciudad. Diariamente se requerían informaciones apasionantes para atraer la preferencia del mayor número de lectores. Bajo la presión de la escasez de acontecimientos, cierto redactor de talento natural y gran imaginación crea un fabuloso personaje: el geólogo norteamericano Mr. Smith, que habla de las incalculables riquezas de nuestro subsuelo y promete estudios e inversiones de vital interés para la nación. Durante varios días los lectores se enteran de las actividades de Mr. Smith, mientras los redactores de los periódicos competidores en vano buscan al famoso geólogo que seguía haciendo revelaciones sensacionales. Tras varios días de fatigosas investigaciones, descubren la inexistencia de Mr. Smith, comprueban que se trata de un personaje ficticio, hijo de la imaginación de un redactor que tenía que llenar cuartillas, y que inventaba noticias, a falta de ellas. La jugada fue pagada en la misma moneda: puestos de acuerdo los redactores de los demás diarios, publicaron al día siguiente la noticia del lamentable deceso del famoso geólogo norteamericano Mr. Smith, cuyos restos se habían embarcado para los Estados Unidos.

Se trata sin duda de un recurso muy ingenioso, que pasará a la historia de las anécdotas y curiosidades periodísticas, como ejemplo de audacia e imaginación.

El momento actual acumula sobre el periodista múltiples noticias de primera plana, como son todas aquellas que repercuten en nuestra vida eco-

nómica o espiritual: los graves problemas que nos acosan y la forma de combatirlos. Estos temas serán tratados con mayor éxito por los más preparados, y por los que reúnan, además, las características del periodista: conocimientos, imaginación, audacia, ingenio.

Debemos fijar también nuestra atención en el hecho de que si hacemos una breve revisión de la historia de nuestro periodismo, los nombres que se han destacado y cuyo recuerdo perdura, son justamente los de aquellos que, en su época, tenían mejor preparación cultural y humanística. En la historia queda un José Antonio Alzate y Ramírez, que estableció su *Diario Literario de México*, publicado semanalmente y en forma irregular, un Andrés Quintana Roo, quien hace famoso el seudónimo de Ramón Darnelas; un Joaquín Fernández de Lizardi, que funda *El Pensador Mexicano*, *Conversaciones entre el payo y el sacristán*, *El hermano del perico*, *Alacena de frioleras*; un Guillermo Prieto; un Francisco Zarco; un Ignacio Ramírez, que polemiza victoriosamente con el tribuno español Emilio Castelar, en las páginas de *El Monitor*. Todos lucharon denodadamente desde las tribunas de los diarios.

Este hecho también se hace notar en la prensa extranjera; ahí está el ejemplo de Francia, de la que se ha dicho que su literatura es periodismo y su periodismo literatura; cuenta en sus filas con la gente más valiosa del país y ha sido cantera no sólo de ministros, gobernadores, académicos, sino aun de sus más grandes figuras públicas. Tal es el caso de Georges Clemenceau.

Los periódicos tienen en la actualidad otros competidores en su misión informativa: son ellos, principalmente, la televisión y la radio. Para subsistir en esta competencia se ha de mejorar la técnica, ofrecer nuevos atractivos al lector, haciéndole fácil y amena la lectura, tratando en forma inteligente los temas más apasionantes, con el fin de aumentar el número de lectores.

A mayor abundamiento, los periódicos deben enfrentarse a una nueva amenaza: los poderosos consorcios extranjeros de publicaciones, que tratan de aumentar su mercado, y, paulatinamente, se van infiltrando en los países de menores recursos. Así en México, tenemos la penetración de varias revistas que han minado la ya raquítica existencia de las nuestras, y pronto esta amenaza puede extenderse al periodismo, con el grave problema que representa el que estemos informados al través de escritores que ven los problemas de acuerdo con los intereses fundamentales de su nación.

¿Cómo puede evitarse esta invasión cada día mayor, y cómo pueden defenderse nuestros intereses vitales ante tamaña acometida? La mejor de-

fensa está en presentar publicaciones de un interés y una técnica tal que puedan competir con la calidad, papel, color y magnífica impresión de aquellas publicaciones.

Hemos hablado, en forma breve, de cómo aquel pequeño taller del primer impresor de México se transformó en las grandes instituciones periodísticas de la actualidad; pero es necesario que echemos un vistazo a la vida nacional en la que operan estas grandes empresas. Olvidemos lo que era la Colonia en el siglo xvi, el incipiente taller de Juan Pablos, y examinemos, *grosso modo*, el panorama del México actual, al que se enfrenta el periodista. Padecemos, primeramente, una falta de unidad nacional, en el sentido estricto de la palabra. La gran masa de la población sigue oprimida por una miseria secular, que no ha podido sacudirse para alcanzar el nivel del mexicano de la clase media. Nos agobian graves problemas que aún existen en nuestra República; la población ni siquiera habla el mismo idioma. Graves problemas étnicos nos han acarreado trastornos durante siglos. Nuestra economía es la de un país subdesarrollado; una topografía ingrata nos ha impedido, en el siglo de las comunicaciones, el desplazamiento fácil al través de nuestra patria; numerosas regiones permanecen incomunicadas, y su contacto con el resto del país es más teórico que real. Con un desarrollo político incipiente, la población lucha por encauzar su vida hacia senderos democráticos, pero se encuentra aún muy lejos de la meta. Vivimos dentro de una comunidad de países que no han sabido armonizar sus relaciones, y que, periódicamente, resuelven sus conflictos por medio de la fuerza; tal parece que no son el derecho y la equidad las bases para el trato internacional, y a diario observamos que las naciones pequeñas sufren atropellos, mientras los que tienen la fuerza se dividen el mundo a su mejor conveniencia. También debemos hacer frente a consorcios industriales de gran potencia económica y de una arrogancia que pretende imponer normas a pueblos débiles y apoderarse de sus recursos, sin la retribución justa de los mismos.

Son, en verdad, gravísimos los problemas que parecen insolubles. En la lucha se requieren espíritus templados que no se arredren ante la magnitud de las dificultades, voluntades férreas capaces de dar la batalla por las causas nobles, batallas que sólo podrán ganarse con el concurso de todos y el cumplimiento máximo de cada quien en su diferente puesto.

El periodista tiene graves responsabilidades ante este panorama; en muchos aspectos, su intervención juega un papel importantísimo, como lo podemos observar si analizamos su influencia en la educación, ya que para muchas personas el periódico es el único medio de que disponen para au-

mentar sus conocimientos generales. Esto trae como resultado un gran porcentaje de personas que en materias fundamentales, como la economía y la política, únicamente saben lo que han podido aprender en la lectura de los diarios; su propio vocabulario, la riqueza de su expresión es un reflejo de la prensa de la cual son asiduos lectores.

En esta función educativa juegan también un papel preponderante los llamados artículos editoriales, las crónicas teatrales, las críticas de arte y literatura. La conciencia de este delicado papel educativo ha creado, afortunadamente, suplementos dominicales para dar mayor amplitud a estas expresiones, y así, el periodista cumple una misión educadora en una profesión que debe mejorar de continuo, en beneficio de la colectividad.

En otro aspecto, un país como el nuestro, con una vida política poco desarrollada, que aún no ha encontrado un cauce auténticamente democrático, aunque existan algunos movimientos incipientes para lograrlo, da oportunidad a la prensa para desarrollar una misión crítica y orientadora que señale el sendero a quienes ansiosamente buscan en ella, como única fuente capaz de nutrirlos, el camino de una mayor justicia y de una vida social que brinde oportunidades iguales a todos los ciudadanos y garantice los derechos del hombre.

En el terreno económico, en el que con tanta frecuencia suelen incursionar individuos audaces sin la debida preparación, debe ser el estudioso de esa disciplina quien se encargue de hacer llegar al público, en forma sencilla, los problemas que agobian a su país y la forma de atacarlos, buscando soluciones rápidas y ahorrando sacrificios a la población.

En el terreno moral, sólo espíritus preparados en las disciplinas humanísticas podrán conmover a sus lectores, si abordan estos problemas con conocimientos y valor que permitan que sus escritos tengan una función benéfica e infiltren normas de conducta y de convivencia social en las grandes masas de población, porque sólo con la divulgación de principios elevados y patrióticos es como se puede estimular y elevar el nivel medio de nuestro pueblo.

La exaltación de los valores morales y la denuncia de los falsos valores pueden despertar la atención de las masas que, en nuestros días, desvían su admiración desbordante hacia pequeños héroes que por el deporte o el cine se han encumbrado, mientras se olvida al hombre de verdadero valor: el investigador que dedica su vida a servir a la humanidad; el maestro que, en una lucha diaria, forma los futuros valores de la patria; el trabajador que en el oficio más humilde, pero con tenacidad, pasión y gran sentido de responsabilidad, contribuye diariamente al fortalecimiento de su

país. Son los verdaderos héroes, los héroes de todos los días, los que constituyen el meollo de la nacionalidad, los que han preferido seguir el difícil camino de una lucha prolongada y constante desdeñando el triunfo fácil y en muchos casos nocivo. Constantemente, el periodista tiene el deber de ocuparse de estos asuntos cuya amplia difusión contribuirá sin duda al provecho de la colectividad.

Por lo que hace a las relaciones internacionales, también tiene la grave responsabilidad de señalar los derechos de su país y protestar cuando los mismos sean atropellados, aun a sabiendas de que su valiente actitud pueda reportarle sufrimientos físicos y morales, pues cuando se trata de un país débil, sólo la estricta observancia de las leyes de equidad y justicia, de moral, de respeto a los sentimientos humanos en beneficio de todos los pueblos, pueden salvarle en un mundo caótico que amenaza destruirse en su afán de dominio por la fuerza.

Venimos con el propósito de hablar sobre la utilidad nacional de la carrera de periodismo dentro de la Universidad Nacional Autónoma de México, y consideramos que el mejor camino es referirnos a los problemas que afronta este profesional dentro de un campo que requiere de especialistas y técnicos, de acuerdo con los últimos adelantos y con los requerimientos y las necesidades de la población; y referirnos, igualmente, a su responsabilidad en un país que mantiene una lucha permanente por su subsistencia, en una situación de responsabilidades y de tareas que se antojan sobrehumanas.

Para cumplir y estar a la altura de sus deberes, el periodista necesita de la disciplina, del estudio, de fortaleza espiritual, del conocimiento de las grandes figuras de la Humanidad y de un deseo de luchar, incansable y generosamente, única manera de hacer las cosas nobles de la vida. Por eso consideramos que los jóvenes estudiantes, al egresar de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales e incorporarse a las filas del periodismo mexicano, aportarán, con sus conocimientos técnicos y culturales, una savia que aumentará, depurándolos, nuestros valores esenciales y sabrán convertirse en los dignos continuadores de quienes han sabido ser la voz del pueblo; sus defensores y los orientadores de la conciencia mexicana: misión esta nobilísima a causa de su evidente utilidad nacional.